

La tierra Prometida

por Humberto Miguel Jiménez

¡Mientras exista el mundo!

Perdurará la gloria y la fama

de México–Tenochtitlan

(Anales de Chimalpahin)

I

—En unos minutos aterrizaremos en el aeropuerto Internacional Benito Juárez de la Ciudad de México —anunció por el sonido la sobrecarga del vuelo 438—. Favor de enderezar el respaldo de su asiento, plegar su mesita de noche, ajustarse su cinturón de seguridad, apagar sus celulares y demás equipo electrónico que viaje con ustedes. *Agrément* por volar por Air France.

Minutos más tarde la aeronave un Boeing 777, tocaba tierra después de volar casi doce horas con cuarenta minutos desde la ciudad de París.

Bienvenue a la Ciudad de México. Son las dieciocho horas... seis de la tarde y tenemos una temperatura de 18° centígrados. El Capitán Louis Brossman y su tripulación les agradecen su preferencia por volar por Air France y les desean una *bienheureux* estancia en la Ciudad de México. *Bon nuit*.

II

683 años antes. Un escuadrón de canoas se deslizaba sobre las aguas del lago... casi sin mover los remos... para evitar hacer ruido. Las canoas se acercaron lo más despacio posible a la isla más grande que se encontraba en el centro del lago. Un viento que soplaba creaba remolinos, agitaba las aguas del lago con olas entre cruzadas y de diferentes alturas... hacían brincar a las

canoas con peligro de naufragar... y solo la pericia de sus tripulantes las mantenía a flote.

Los rayos tiernos del nuevo Sol apenas lograban cruzar las negras nubes de lluvia que cubrían la laguna y formaban largas sombras como fantasmas, las cuales se movían de un lado a otro o desaparecían. Las tinieblas de la noche no acababan de ser vencidas.

Los remos tan sólo tocaban lo indispensable las aguas para guiar e impulsar las canoas hacia la isla y escondiéndose en la penumbra del amanecer para no ser vistos por los guardias tepanecas, los cuales vigilaban desde la orilla de la laguna. De ser descubiertos, serían de inmediato atacados y asesinados; sí tenían suerte, los obligarían a dejar el lugar a cambio de su vida. Su misión era verificar que aquella tierra, en medio del imperio tepaneca, era la tierra prometida, ofrecida por su dios y cuya búsqueda ya duraba más de doscientos sesenta y dos años, desde el año de 1063, cuando huitzilopochtli les manifestó: "... en verdad esta es mi tarea y para ello se me envió acá... avituallaos y vamos para allá (en donde) están aquellos a quienes hemos de conquistar y ver la casa de piedras preciosas, la casa de oro, la casa de plumas de quetzal..."

Como se acercaron a la isla... los carrizales los comenzaron a proteger, como los hubiera protegido su hermano mayor.

La canoa de vanguardia se detuvo en una costa fangosa con un golpe seco que provocó un estruendo que invadió silencio del valle, cuando la quilla de la canoa se atoro en el fondo de la playa. Todos se quedaron quietos y en sus rostros se reflejó el pánico de ser descubiertos y al unísono voltearon hacia la tierra firme, para saber si los guardias habían escuchado el golpe, pero los guerreros tepanecas continuaban su vigilancia tranquila en tierra firme. Solo se oía el aletear de las aves que retomaban el vuelo y el canto de las ranas que

huían de la estridencia producida por la canoa. Instantes después, todo volvió a quedar en silencio.

El escuadrón logro atracar en silencio y sus corazones comenzaron a latirles de forma acelerada. “¡Acaso! –Se preguntaron –, ¿ésta si será el lugar de nuestra morada...? Que les había prometido su dios Huitzilopochtli el día de su partida de Aztlan...

Desembarcaron e iniciaron la marcha en busca de las señales. Se trataba de un pequeño islote, en su mayoría pantanoso, en donde sobresalían aquí y allá rocas de diversas formas y tamaños y rodeadas de cañaverales, que en esta ocasión fueron sus aliados al protegerlos de las miradas ocasionales e indiscretas de los guerreros tepanecas.

—Cuando llegemos al otro lado de la isla –les advirtió Cuauhcoatl, sacerdote supremo de su dios: Huitzilopochtli –: debemos de cuidarnos de los vigías tetzcoanos.

Al sur del islote, en tierra firme, se encontraba el pueblo de los culhualcanos... que en días anteriores, habían lanzado a todo el pueblo mexicana a las aguas de la laguna, cuando se encontraban allá, en Tizapan; en donde se asentaron, después de tener el permiso y limpiar el lugar de serpientes y toda clase de alimañas que se encontraban.

Detrás de Cuauhcoatl y Axolohua sacerdotes de Huitzilopochtli, los seguía Tenochtzin, líder y caudillo desde hacía veintisiete años, más atrás iba el Consejo de ancianos y una parte del pueblo. Todos iban con la suplica para Huitzilopochtli, para que en esta ocasión fuera la tierra prometida, en donde sería el asentamiento de su ciudad. Todavía tenían el recuerdo fresco de cuando fueron lanzados de Tizapan por los culhuacanos, y tuvieron que vivir dentro de los tulares y carrizales hasta su llegada a Mexicatzingo.

El pasó por aquella tierra pantanosa y llena de carrizos, tan altos que bloqueaban los rayos del nuevo día; de espadañas, cuyas hojas les golpeaba la

cara, los brazos y las piernas; o las olorosas juncias, con sus espigas verdes y luciendo en lo alto de sus cañas triangulares su inflorescencia; más que largo fue tortuoso y fatigoso. Aquella tierra era un verdadero infierno lleno de serpientes, arañas y demás alimañas. Y como pasaba el tiempo, el fresco del amanecer se convertía en un calor húmedo y sofocante.

De pronto, aquella selva de juncias, carrizos y espadañas, se convirtió en un bosque de sauces y álamos que con sus cuarenta metros de altura, cubrían toda la vista posible y los rayos del sol se detenían en lo alto del bosque, comenzó a soplar un aire fresco y la tierra perdió su agua y el suelo se hizo sólido y el andar más placentero.

Al final de aquel bosque se encontraba un inmenso espacio sin árboles, sólo con espadañas y carrizos y un cantarín riachuelo que lo cruzaba de un lado a otro.

Cuahcoatl cruzó la orilla del bosque y pudo contemplar aquel hermosísimo lugar y después de un rato, dijo:

—Ayer que venimos “(ha buscar) y vimos (sí) hallaríamos algún lugar que fuese cómodo para poder hacer asiento, hallarlo de esta manera por unas partes y por otras entre las espadañas y carrizales como ustedes hicieron hoy... recordemos lo que Huitzilopochtli nos dijo en sueños: ‘que busquemos un lugar en donde hubiere todo blanco... —mientras señalaba un lugar hermosísimo, y luego continuó – y lo encontramos, ahí es...’”

Todos asombrados por lo hermoso del lugar caminaban entre sorprendidos y satisfechos. Pero... todos se preguntaban: ¿si aquel lugar sería la tierra prometida por su dios Huitzilopochtli?

Lo primero que vieron fue un sauce de unos cuarenta metros de altura... blanco y muy hermoso...a sus pies una fuente, de la cual brotaba agua cristalina, tan translúcida que parecía un espejo pulido de toda aspereza. A continuación se dieron cuenta que todos los sauces y álamos que los rodeaban

eran blancos, todos ellos eran blancos... Los peces que nadaban en aquella fuente eran todos blancos, lo mismo las serpientes, todas eran blancos. Las espadañas y los carrizales en lugar de su colorido habitual, eran blancos.

El agua de la fuente brotaba en medio de “dos peñas grandes, la cual salía tan clara y linda que [daba] sumo contento”. Los sacerdotes y los ancianos que iban en la peregrinación. Recordaron que les había dicho su dios Huitzilopochtli hacia ya muchos años atrás, cuando salieron de Aztlan.

—“Eha, desde ahora ya no os llamáis aztecas, ahora seréis mexicanos – manifestó Huitzilopochtli en esa ocasión, en medio de una nube blanquísima – . Yo los llevaré a su nueva morada.”

Cuauhcoatl se detuvo delante de la fuente y pidió que todos se acercaran. Y una vez que estuvieron reunidos, agregó:

—Hijos míos... parece que hemos llegado a nuestra nueva morada... que nuestro Portentoso Señor Huitzilopochtli nos había prometido. Ahora descansemos y esperemos la señal de Nuestro Señor Huitzilopochtli. Con la aurora del nuevo día buscaremos un lugar para construirle un templo.

Todos se alejaron y lloraron de felicidad, su peregrinaje que ya alcanzaba los doscientos doce años llegaba a su fin, por fin tendrían una morada propia... nunca más tendrían que rendirle cuentas a un extraño, ni pagar tributo para poder vivir en tierra ajena.

Todos se dispusieron a descansar en aquel lugar hermosísimo y muy pronto el silencio reino en toda la isla por última vez...

En el silencio casi absoluto de la madrugada, se oyó de improviso un gran trueno, que parecía que venía del inframundo. Todos se sobresaltaron y se levantaron con el terror reflejado en el rostro. De repente, y dentro de la sorpresa, se oyó una voz muy dulce pero enérgica que les dijo:

— ¡Hijos míos...! No se asusten... soy su Padre amadísimo Huitzilopochtli, quien los ha guiado desde que salieron de la lejana Aztlan...

“Ya estaréis satisfechos porque yo les he dicho cosa que no haya salido verdadero: ya habéis visto y conocido las cosas que os prometí que verían en este lugar a donde yo os he traído; pues esperen, porque aun les falta por ver... os acordéis cómo os mande matar a un sobrino mío por traidor... que se llamaba Copil y os mande que le sacaran el corazón y lo arrojaran entre los carrizales y espadañas, lo cual hiciste... el cual fue a caer encima de una peña y ahí ha nacido un tunal, tan lindo y coposo que encima de él hace su morada una hermosa águila. Mexicanos, hijos míos... les ordeno buscar allá para sentirse dichosos y bien aventurados, porque ese es el lugar de nuestro descanso y de nuestra quietud y [grandeza]: aquí será [ensalzada] la nación mexicana; a de ser conocida la [fuerza de nuestro brazo], y el animo de nuestro valeroso [corazón]... que han de sujetar a todas las naciones, así cercanas como [lejanas], sujetar de mar a mar todos los pueblos y ciudades, haciéndose señores del oro y de la plata, de las joyas y piedras preciosas, plumas y adornos que distinguirán las clases nobles y militares de lo común... haciéndonos señores de ellos y de sus haciendas... de sus hijos y de sus hijas y nos han de servir y ser sujetos y tributarios. Este lugar debe de llamarse Tenochtitlan... para que en él se edifique la ciudad que ha de ser Reina y señora de todas las demás de la tierra y a donde hemos de [recibir] a todos los demás reyes y señores... Así hijos míos vayan por entre estos tulares y espadañas y espesura, [que vuestro dios lo ha dicho y prometido y] en todo lo que les he dicho y prometido hemos hallado verdad, también lo hallaremos ahora...”

Una vez que Cuauhcoatl termino de dirigirse al pueblo, porque Huitzilopochtli se había dirigido a su pueblo a través de su principal sacerdote... Todos se dividieron y entraron por los carrizales y espadañas para buscar de un lado a otro... de una parte a otra. Durante toda la mañana caminaron para buscar de esa forma.

Ya para el atardecer, cuando la fe comenzaba a decaer y muchos desilusionados empezaron a regresar a Mexicatzingo y abordaron las canoas en medio de sombras fantasmales, producidas por los rayos del sol que lograban penetrar el cielo cubierto de nubes cargadas de lluvia. Un viento húmedo y helado recorrió toda la isla anunciando una tormenta precedida de descargas eléctricas, que tan acostumbrados tenía a los habitantes del valle, y entre una serie de descargas, alguien gritó:

— ¡Ompao...¹ machca...! —Mientras señalaba el poniente. Lo hemos encontrado... el águila en el nopal...

Y mientras la mayoría del pueblo cruzaba el lago y evadía las grandes olas formadas por el fuerte viento. El resto que no habían perdido la fe, vieron el tunar “...encima el águila con las alas extendidas hacia los rayos del sol [que penetran entre dos nubes negras, tornándolas de color dorado... y el frío aire del atardecer dejó de soplar]... entre las garras tenía aprisionado un pájaro... de plumas muy preciadas y resplandecientes”.

“El águila, cuando los vio agito las alas como si tratará de volar... hizo que los rayos del sol se desperdigaran en una infinidad de luminancias... inclino la cabeza hacia cada uno de los siete grupos que se habían formado para la búsqueda.” Ahí estaba, sobre su nido de plumas preciosas. “Las plumas de pájaro azul, plumas de pájaro rojo, todas plumas preciosas, también estaban esparcidas allí, cabezas de diversos pájaros, garras y huesos de pájaros.”

Al ver esto... los mexicanos comenzaron hacer grandes ceremonias y demostraciones de alegría y contento; sólo los más ancianos que habían luchado por años en encontrar la tierra ofrecida, el abandono de lugares que ellos creyeron que era el lugar prometido, comenzaron a llorar en señal de alegría y contento, porque su dios les dio vida para poder ver lo que acababan

¹ Allá en nahuatl

de ver y saber al fin, que llegaron al término de la búsqueda, habían visto y tocado la tierra prometida... su morada definitiva.

Con los últimos rayos del sol, Cuauhcoatl se colocó frente al águila y, se dio vuelta hacia los mexicanos, y les dijo:

—“¿Dónde merecimos nosotros tanto bien? ¿Quién nos [hizo] dignos de tanta gracia y [grandeza y excelencia]? Lo que buscábamos durante tanto tiempo y hemos hallado... nuestra ciudad –Cuauhcoatl se calló y entro en una profunda meditación. Momentos después, como si saliera de ella, continuó –: ‘¡Hijos míos!, [razón] será que seamos agradecidos a nuestro dios y que le agradezcamos el bien que nos hace; vamos todos y hagamos en aquel lugar del tunal una hermosa y pequeña ermita, para que descansa ahora nuestro dios: por lo pronto no será de piedra [y canto], sino de céspedes y tapias, por el momento es todo lo que se puede hacer”.

A la luz titilante de las antorchas, se acercaron al tunal y recortaron gruesos céspedes de los carrizales, “hicieron un asiento cuadrado... que servirá de cimiento o asiento de la ermita para el [descanso] de Huitzilopochtli...” Hicieron encima una casa chica, cubierta de paja de aquella que recogieron de la [misma] laguna...

La ciudad de México Tenochtitlan, fue fundada un día 13 lluvia del mes Fiesta de los Señores, del año 2 casa, de la era Mexica... 18 de julio del año 1325, en la cuenta occidental cristiana. En menos de cien años, llegó hacer la capital del Imperio más grande, poderoso y rico, que existió en la América antigua. El Imperio Mexica.

Fuentes Consultadas.

Alvarado Tezozomoc, Francisco. Crónica Mexicayotl, Traducción: Adrián León, 3ª edición, Universidad Nacional Autónoma de México, México 1998 Instituto de Investigaciones Históricas. Primera serie Prehispánica N° 3,

Bernal, Ignacio. Tenochtitlan en una isla. Prologo del autor, Fondo de Cultura Económica, México 1984, Lecturas Mexicanas N° 64

Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin, Francisco de san Antón Muñón. Séptima Relación en Relaciones originales de Chalco Amaquemecan, Paleografía y Traducción. del nahuatl e introducción de S. Rendón. Prefacio de Ángel María Garibay K. Fondo de Cultura Económica. México 1965 Biblioteca Americana. Serie Literatura Indígena. Pág. 164 - 294

Durán, Diego Fray. Historia de las Indias de Nueva España e islas de tierra firma. Estudio preliminar Rosa Camacho y José Rubén Romero. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. México 2002 Cien de México. 1ª Reimpresión. Tomo 1

León-Portilla, Miguel. Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares. Introducción por el autor. Fondo de Cultura Económica. Secretaria de Educación Pública. Cultura SEP. México 1983. Colección Lecturas Mexicanas n° 3

© Humberto Miguel Jiménez 2009

jiménez.humberto@prodigy.net.mx